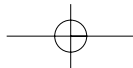
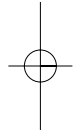
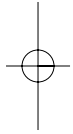
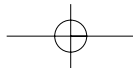
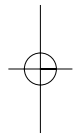
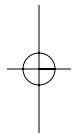


Prólogo





Preludios civiles de Chaves Nogales

Sea *El maestro Juan Martínez* una novela, sea un reportaje o una crónica novelada, lo que lo define como libro es algo que la crítica literaria denomina con la palabra *indecidibilidad*, es decir aquello sobre lo que resulta imposible decidir si se trata de una cosa o de otra, si estamos ante una novela o ante un relato de hechos verídicos. En este caso el lector no sabrá nunca si quien estuvo «allí» realmente fue ese Juan Martínez, flamenco de Burgos, o el propio novelista, o si por el contrario todo está urdido a partir de los testimonios escritos y orales de otras gentes, ajenas a ambos. *Allí* es la ciudad de Kiev durante la guerra civil que enfrentó a los soldados zaristas y a los bolcheviques después de la revolución soviética.

Chaves Nogales es un escritor relativamente nuevo en nuestra literatura. En cierto modo, aunque de él se conociera en España su biografía sobre Juan Belmonte, era uno más de los escritores que quedaron sepultados por la guerra y el exilio, otro de los que perdieron la guerra y la literatura, a diferencia de la mayoría de sus colegas, que o bien ganaron la guerra o bien ganaron los manuales de literatura.

Por ello cuando se dio a conocer en 1994 desde las páginas de *Las armas y las letras* su libro *A sangre y fuego* (1937),

XVI PRÓLOGO

muchos no alcanzaban a comprender cómo un prólogo como el que figura en él había podido pasar inadvertido a tantos españoles que llevaban buscando inútilmente alguna explicación racional y más o menos satisfactoria a todo aquello. Ese prólogo es, en mi opinión, de lo más importante que se escribió de la guerra durante la guerra. Después de la guerra muchos otros ensayaron la finta y los análisis. El mérito de Chaves fue decir lo que dijo cuando lo dijo. Muchos al encontrarse con las palabras de Chaves advirtieron de inmediato no sólo su valentía sino su clarividencia y su oportunidad. El transcurso posterior de los hechos no hizo sino darle la razón. Su autor que se declaraba en ellas un demócrata y un republicano convencido, permaneció en Madrid, al lado de la República, hasta el momento en que vio que ni las autoridades republicanas permanecían en sus puestos, evacuando Madrid y dejando atrás a toda la población, ni en España se luchaba por la democracia, la primera víctima de aquella guerra a manos de ideologías comunistas y fascistas. En ese punto, 1937, se exilió, sin haber renunciado nunca ni a sus convicciones democráticas ni a sus lealtades republicanas, y encontró la muerte después de haberse enrolado, como periodista, en las filas de los ejércitos aliados que luchaban en Europa contra la Alemania nazi.

Muchos lectores asombrados hubieron de llegar a la conclusión, no menos desengañada al comprobar el olvido en el que un libro tan crucial como ese había permanecido durante sesenta años, un libro que trataba de un asunto de tanta importancia, de que justamente había sido la clarividencia de Chaves la que le había condenado al ostracismo. De nuevo los más beligerantes de uno y otro bando se ponían de acuerdo en quitar de en medio a los pocos que les acusaban de haber cometido crímenes atroces. Y ellos se lo

pagaron sin escatimar adjetivos. «Ambicioso, vacío, extravagante, la hora de Chaves Nogales pasó. Ni fue, ni ha sido ni volverá a ser nada», dijo Francisco Casares en 1938 en su libro *Azaña y ellos: cincuenta semblanzas rojas*. El silencio de quienes, desde el otro bando, deberían haberlo defendido de ataques tan viles como ese, confirmaba tal condena.

Pero el tiempo, menos justiciero de lo que se cree o, en todo caso, mucho más perezoso que la propia justicia terrenal, vino al cabo de sesenta años a poner las cosas en su sitio, y de ese modo, con la naturalidad de su juicio, desvaneció, como de un manotazo, todas las versiones más o menos interesadas de lo que entonces sucediera en España en aquella guerra. Y así, si durante años las opiniones, libros, proclamas y retóricas guerreras de los Giménez Caballero, Alberti, Bergamín o Sánchez Mazas se encontraban en primer plano siempre, han empezado a leerse ya como lo que son, propaganda más o menos burda de sus respectivas facciones, en tanto encontramos en las crónicas y opiniones de Chaves Nogales la desinteresada e inteligente reflexión de quien supo que el mayor pecado que un hombre podía cometer en aquellos años era mantenerse libre.

Hoy entre los pocos libros que pueden leerse de la guerra civil española, está desde luego ese *A sangre y fuego*, mucho más que otros que fueron durante tanto tiempo los oráculos de sus respectivos cuarteles generales.

Bien, podríamos considerar *El maestro Juan Martínez* como un prelude de *A sangre y fuego*, cuando ni siquiera en el horizonte español podía vislumbrarse la guerra civil. Ya que trata este libro que tienes en la manos de otra guerra civil, y es natural que pasara igualmente desapercibido, si acaso no se le condenó a uno de esos silencios despreciables sólo porque llama nuestra atención sobre unos crímenes atroces, pero muy prestigiados intelectualmente.

XVIII PRÓLOGO

En un momento en que en Europa se vivía con entusiasmo el triunfo de la revolución bolchevique, con la simpatía de la mayor parte de los intelectuales europeos, que veían en el experimento soviético algo prometedor, la crónica de Chaves debió de parecer una impertinencia. Chaves había viajado, cuando se publicó, en 1934, por medio mundo.

Durante años se creyó que la pureza de la revolución había sido traicionada por quienes como Stalin, hambrientos de sangre y sedientos de venganza, sumieron al país en una inmensa ciénaga de terror y de crímenes. Los años primeros de la revolución, capitaneada por Lenin, Trotsky *et alii* se creyó que fueron los de las esencias del comunismo, en los que por primera vez en la historia los proletarios y campesinos miserables podían atar los perros con longanizas.

Lo que Chaves nos dice es cosa muy distinta: todos fueron unos asesinos, empezando por Lenin. Las ideas, más o menos hermoeadas por la propaganda occidental, no impidieron que se le mancharan las manos con los crímenes que cometió, como manchadas las tenía el zar a quien el mismo Lenin ordenó asesinar, con toda su familia, incluidos los niños.

«La guerra civil daba un mismo tono a los dos ejércitos en lucha, y al final unos y otros eran igualmente ladrones y asesinos; los rojos asesinaban y robaban a los burgueses, y los blancos asesinaban a los obreros y robaban a los judíos.»

¿Habla de Rusia, de España? Acaso fueron estas las palabras que oyó Chaves a Martínez, personaje real a quien conoció en París, años después de los hechos recordados por éste y en el curso de un reportaje que hacía el periodista español sobre los refugiados rusos en la ciudad francesa, tal vez fueron esas palabras, digo, las que le dieron la idea de escribir un libro.

Chaves no quiso hacer una novela. El testimonio de Martínez, que seguía trabajando en París en lo suyo, el cabaret, le impresionó. Es un relato lineal, que tras una breve obertura, pasa a labios de Martínez. Podríamos considerar este libro sus memorias rusas. No hay en ellas recuerdos íntimos, ni estudios psicológicos, casi todo discurre por el nudo de los acontecimientos. Su compañera, que comparte con él todas las penalidades, apenas merece una descripción; es un nombre sin habla. Martínez quiere contarnos lo que ha visto, más que lo que ha sentido. Esto en él es elemental. Martínez es elemental. Se gana la vida bailando, y bailará siempre que alguien le pague por hacerlo, sin importarle más. Considera que es una persona sin otra fortuna que la salud y la vida, y quiere conservar ambas. Ese es todo su horizonte. *Carpe diem*. La vida como bien supremo. He ahí toda su filosofía: sobrevivir. Para ello no dudará en brujulear cuanto pueda, engañando, como un pícaro en lo menudo. Lo suyo no son los grandes crímenes, sino las pequeñas trapisondas. Como el pícaro, casi siempre se equivoca en las decisiones que ha de tomar.

Chaves le da a Martínez una literatura sin énfasis, la suya propia de periodista obligado a llegar a miles de lectores de toda clase. Chaves no es un artista de la palabra como otros periodistas, Ruano por ejemplo. Tampoco es un poeta, como Baroja. Chaves, que admira a Baroja, no es un sentimental como suele ser éste, más o menos despegado de todo y cínicco, pero sentimental. Chaves es un hombre que no explota recursos retóricos propios de los demagogos, de modo que a veces nos resultará áspero y poco efusivo.

Las cosas que Martínez cuenta, porque las vio, fueron puestas en entredicho por muchos miles de hombres, que se negaban a admitir el fracaso de aquella revolución. El mérito de Chaves está no sólo en descubrir a Martínez en medio

XX PRÓLOGO

de las procelas parisinas, sino en creer lo que dice, y darle la voz al sentido común y, sobre todo, a las evidencias, por ásperas e inefusivas que resulten.

He aquí toda la fuerza de este libro que se deja leer como un reportaje admirable. Y aunque dijéramos que se lee como una novela, conviene recordar que es sobre todo como una novela como no deberíamos leerlo. Para los amantes de los detalles exactos, le diremos que está lleno de ellos, preciosos casi siempre, lo mismo si se trata de *pendentifs* de brillantes como de panecillos negros. Al fin y al cabo Martínez no siendo ruso lo mira todo con enorme distancia. No le va en ello la vida, como seguramente le fuese años después, al estallar la guerra civil española. La distancia emocional de Martínez le convenía mucho al propio Chaves, que sabía que sólo con distancia puede uno ver la realidad sin empañamientos sentimentales o afectivos.

El resultado fue este libro original (no deja de ser curioso que revolución tan trascendente como la soviética la relate un especialista en castañuelas), un viaje que no olvida nunca la receta suprema de la literatura, a saber, que sólo el humor puede aligerar el amargo paso de la Historia.

ANDRÉS TRAPIELLO